

# NECROLÓGICA DE DON ALFONSO QUINTANO RIPOLLÉS

Por

Jaime de Salazar y Acha

*Académico Numerario*

El 5 de mayo de 2000, en la residencia de Estepona donde se hallaba retirado, abandonó este mundo calladamente, como había vivido, nuestro compañero Numerario don Alfonso Quintano Ripollés.

La razón de haber sido yo el académico que contestó en su día su discurso de ingreso, pronunciado el 21 de diciembre de 1992, con el título Gracia y desgracia de un Inquisidor General de España e Indias en las Cortes de Fernando VI y Carlos III, ha hecho pensar a la Real Academia que era la persona más indicada para realizar esta necrológica. A ello añado yo- hay que sumar la profunda admiración que por él sentía y la amistad que compartíamos desde hace muchos años.

En aquella contestación comenzaba yo recordando que, en el prólogo de su más conocida obra genealógica, "Los Quintano y sus Enlazados", le llamó el Duque de Tovar un verdadero monstruo de la Genealogía, ensalzando sus cualidades intelectuales de auténtico humanista. Nunca -proseguía el Duque en su citado prólogo- "he visto un trabajo histórico genealógico, tan concienzudo, tan erudito, tan científico y al mismo tiempo tan literario" y a esta última carac-



Don Alfonso Quintano Ripollés (†)

terística, que es la que más puede llamar la atención de las que destacaba el Duque, añadía yo además, la envidia y estupor que me producían los primorosos árboles genealógicos debidos a su mano, que adornaban con profusión sus estudios, los dibujos minuciosos, tanto de fachadas de casonas como de labras heráldicas, tomados del natural, y esa facilidad literaria para hacer amena y atractiva la lectura de las que, en muchos otros autores, sólo son áridas relaciones genealógicas.

Era Alfonso Quintano burgalés y nació el 18 de enero de 1911, en el seno de una familia hidalga de Salas de Bureba. En su hogar familiar se debió de respirar desde siempre un ambiente de amor por el estudio y por la vida intelectual, pues no de otro modo se explica el que los dos únicos vástagos que aquella unión produjo se dedicaran, con el máximo éxito y aprovechamiento, a la labor intelectual y académica. ¿Quién no recuerda -al menos los que hemos cursado la carrera de Derecho- a aquel eximio penalista don Antonio Quintano Ripollés, Magistrado del Supremo, Académico de la Real de Jurisprudencia y Legislación, Catedrático de la Universidad Complutense y auténtico sabio humanista en el más pleno sentido de la palabra?.

Tras cursar sus estudios en el Instituto de Oviedo, ciudad en la que sus padres residían a la sazón, estudió don Alfonso la carrera de Derecho, licenciándose en 1932. La guerra civil le hizo acudir a filas en el sitio de Oviedo y fue luego habilitado como oficial honorífico del Cuerpo Jurídico Militar. Tras su matrimonio, ingresó por oposición en el cuerpo Técnico Administrativo de la Excelentísima Diputación Provincial de Madrid, de la que se jubiló como Jefe de Sección en 1967, a petición propia.

Desde sus inicios como funcionario de la Diputación y atraído irresistiblemente por la historia y el arte, fue Alfonso Quintano un luchador infatigable por la preservación y mejora de nuestro patrimonio artístico provincial, al que dedicó abundantes esfuerzos de su vida intelectual. Desde 1952 comienza a colaborar en la revista provincial CISNEROS, donde publica entre ese año y 1955, numerosos artículos sobre diversos aspectos de la historia de la provincia, desde la más remota época prerromana, pasando por las dominaciones romana, visigótica y árabe, la reconquista alfonsina, y el reinado de la casa de Trastámara.

En 1953 y 1956 es agraciado por la Diputación Provincial de Madrid con sendos primeros premios para Monografías Históricas por las suyas tituladas:

Biografía de un partido judicial: aportación de Colmenar Viejo a la Historia de España, y Alcalá de Henares y su tierra, señorío prelatiaco. Ambas fueron después impresas por la misma corporación provincial.

En los años siguientes, entre 1956 y 1959, dedica Quintano su trabajo en la misma revista a la divulgación de diversos aspectos sobre los castillos de la provincia: el torreón de Pinto; el castillo de Buitrago; los dos de Manzanares; el Real Sitio de Villaviciosa de Odón y el castillo palacio de los dos Infantes; el señorío santiaguista de Fuentidueña; el de Batres a quien Quintano califica con razón de feudo literario; el de Santorcaz, feudo templario y arzobispal; la torre de Arroyomolinos; el castillo roquero de Casasola; el castillo de Viñuelas -que es a juicio de nuestro autor el más suntuoso y desconocido de la provincia-; y los de Valdeiglesias y Villafranca.

Estos diversos trabajos se ven acompañados por otros de un mayor contenido artístico, como el consagrado a la descripción de la colección de tapices flamencos de la Diputación de Madrid, o el dedicado al estudio de un cuadro religioso de Antonio Carnicero en la capilla del Instituto Provincial de Obstetricia y Ginecología, o el concerniente al triste aniversario del derribo de la iglesia de Santa María la Mayor.

En 1965 obtendría nuestro compañero, por tercera vez, el primer premio para monografías de la Diputación provincial de Madrid, por la suya titulada San Martín de Valdeiglesias, rincón medieval y turístico, y que también sería editada con posterioridad. En 1972 publicaría asimismo una Historia de Alcalá de Henares, editada por el Ayuntamiento de esta ciudad con motivo del año internacional del libro.

Pero hemos dejado para el final su obra genealógica, en su mayor parte no impresa, que es la razón primordial por la que Alfonso Quintano Ripollés fue elegido el 19 de diciembre de 1990 como miembro de Número de nuestra Corporación.

En 1967, y como volumen VI de la colección que por aquellos años editaba el recordado Duque de Tovar, publicó Quintano su obra de más de mil páginas, titulada: Un linaje burgalés: la Casa de Quintano y sus enlazados. En esta obra, modélica en su género, no solamente no se limitó Alfonso Quintano a referir las sucesivas generaciones de sus antepasados, sino que, abarcando todas las ramas del linaje, aún las más alejadas de su persona, estudió porme-

norizadamente sus enlaces, los acontecimientos históricos de los que fueron protagonistas, y, en fin, todo aquello que pudiera servir para procurar un mejor conocimiento de la sociedad en la que vivieron.

Pero, dicho esto, queremos destacar además varias características: la primera es que Alfonso Quintano fue un auténtico historiador, alejado por completo de todo lo que pueda suponer la vanidad intrínseca de los viejos y desprestigiados genealogistas de antaño. Él mismo nos lo explicaba en el prólogo de su obra con estas palabras: "este trabajo fue escrito sin otras miras que el ser utilizado ad usum privatum, ni más pretensión que satisfacer la propia curiosidad (?) en modo alguno he pensado presumir de linaje por parecerme tan ridículo el adornarse con plumas de otros, por muy parientes que sean, como absurdo el endosarle a uno los posibles pecados que pudieran tener sus progenitores"

La segunda característica de nuestro compañero desaparecido es la solidez de los datos aportados, que en ningún caso se limitan a meras y vagas referencias bibliográficas, sino que descansan siempre en documentos incontestables y reforzados por un amplio aparato bibliográfico.

La tercera es su ameno estilo literario, que, como ya apuntábamos antes, hacen asequible y atractiva la lectura de una obra, cuya temática, no la hace por propia definición de fácil lectura.

Por último, debemos destacar además el aspecto formal que en la obra de Quintano no ha sido en absoluto descuidado. En primer lugar por la impecable sistemática utilizada, que permite en una rápido vistazo captar perfectamente el plan de la obra, y por la inclusión de un completo índice onomástico individualizado, y subrayo esta última palabra, porque es corriente en los índices onomásticos, el ofrecer bajo una sola referencia a todos los personajes homónimos, lo que hace interminable cualquier tipo de consulta.

En segundo lugar, nos ofrece Quintano como ilustraciones de su referida obra, un conjunto numeroso de árboles genealógicos, elaborados por su propia mano, en los que no se sabe que admirar más, si la enorme cantidad de datos expuestos o el orden y la primorosa letra del autor, y asimismo, y como ya avanzábamos antes, su vena artística que se pone de manifiesto en sus dibujos a plumilla de múltiples casonas solariegas, tomadas del natural, así como de las labras heráldicas que las ornamentan.

Esta obra sobre el Linaje de Quintano y sus enlazados, no forma sino una pequeña parte del conjunto total de la obra genealógica de nuestro fallecido compañero. Tuve el privilegio de consultar y, en muchas ocasiones, de colaborar en la elaboración de otros varios de los importantes trabajos que en gruesas carpetas guardaba amorosamente en su biblioteca. Su monumental estudio sobre la casa de Velasco o el dedicado al linaje de los Salazar, Señores de Quintana de Martín Galíndez, están pidiendo a voces el ser dados a la estampa. La inversión económica requerida no hace sin embargo fácil la solución, aunque nos queda el consuelo de que todos estos trabajos no se perderán para la posteridad, pues nuestro compañero tuvo la feliz idea de donar su biblioteca, incluidos sus trabajos genealógicos, a la Real Academia de la Historia.

La delicada salud de Alfonso Quintano le ha tenido apartado de nuestra vida académica. Recuerdo solamente su presencia en dos ocasiones: en el homenaje que esta Academia ofreció a nuestro Director en el Archivo Histórico Nacional - con ocasión de su elección como Numerario de la Real de la Historia- y en la presentación de mi libro sobre La Real Divisa de la Piscina, que tuvo lugar en la Casa de la Rioja de Madrid. Pero, no obstante esta falta de presencia física, su presencia moral y su interés quedaron siempre de manifiesto con sus llamadas y cartas, cada vez que en nuestro Boletín se producía una noticia de interés, o en las tareas realizadas para la publicación de su discurso de ingreso, que se materializó en el volumen II de Anales de la Real Academia.

En sus últimos años, junto con nuestro compañero Javier Gómez de Olea, tuve la satisfacción de visitarle en muchas ocasiones y compartir con él muy buenos momentos, así como las gestiones conducentes a depositar en la Real Academia de la Historia el total de sus obras inéditas, que encierran un enorme interés para nuestras disciplinas.

Su capacidad profesional y su caballerosidad, nos dejan una memoria imborrable a los que le conocimos. Reiteramos desde aquí nuestro más sentido pésame a su hija y nietos. Muchas gracias, Alfonso Quintano Ripollés, y descansa en paz.